

¿QUIÉNES ERAN LOS INDOEUROPEOS?

La familia lingüística indoeuropea, con sus numerosas ramas y sus millones de hablantes, se ha desarrollado, si estamos en lo cierto, a partir de una única lengua, que debió haberse hablado hace miles de años por un grupo relativamente pequeño de personas en una zona geográfica relativamente restringida. A esta lengua original podemos llamarla proto-indoeuropeo (PIE). A la gente que la hablaba podemos por conveniencia denominarla indoeuropeos, pero debemos recordar que esto no implica nada sobre raza o cultura, sólo sobre su lengua. Actualmente personas de razas y culturas muy diferentes son hablantes nativos de lenguas indoeuropeas: entre ellos indios, afganos, iraníes, griegos, irlandeses, rusos, mexicanos, brasileños y noruegos. Es probable, por supuesto, que los hablantes de proto-indoeuropeo, que vivían juntos en un área limitada, tuvieran una cultura común, fuera cual fuera la raza a la que pertenecían. Pero ¿quiénes eran? ¿Dónde vivían? ¿Y cómo llegó su lengua a extenderse por el mundo?

La idea tradicional es que los indoeuropeos eran un pueblo nómada o seminómada que invadieron los territorios agrícolas o urbanos vecinos e impusieron su lengua en ellos. Sin embargo, el arqueólogo Colin Renfrew ha argumentado que no tenemos que suponer necesariamente ejércitos invasores o un movimiento masivo de población. Él cree que la expansión inicial de los indoeuropeos fue simplemente la expansión de las fronteras de un pueblo agrícola, que a lo largo de los siglos introdujo la agricultura en las comarcas más escasamente pobladas de su periferia, habitadas por cazadores o por recolectores. Este proceso requeriría una escala temporal más dilatada que la idea tradicional de la migración en masa: Renfrew cree que la expansión comenzó hacia el 7000 aC, mientras que el punto de vista tradicional lo fecha en el 4000 aC o algo más tarde. El genetista Stephen Oppenheimer ha demostrado que una gran proporción de la composición genética de la población de las Islas Británicas deriva de migraciones neolíticas, un hecho que sustentaría la cronología de Renfrew. Al mismo tiempo, hay que ir con cuidado, ya que las lenguas no exigen necesariamente migraciones a gran escala para propagarse por nuevos territorios.

Pero, sea cual sea la manera por la que comenzó la dispersión de las lenguas indo-europeas, ¿dónde se inició? Es evidente, para empezar, que los indoeuropeos no habitaban en ninguno de los avanzados centros culturales del

mundo antiguo, como el valle del Nilo, Mesopotamia, o el valle del Indo. La lengua registrada que las antiguas inscripciones jeroglíficas egipcias, por ejemplo, no es indoeuropea. Cuando los hablantes de lenguas indoeuropeas aparecieron en esos lugares lo fueron como intrusos desde el exterior. Aparecieron en los márgenes de Mesopotamia alrededor del año 1500 aC, cuando encontramos una dinastía con nombres indoeuropeos gobernando a un pueblo de lengua no indoeuropea, los mitanni, que vivían en el alto Éufrates. Más o menos al mismo tiempo, en Anatolia se hablaba el hitita, y los arya (arios), cuya lengua pertenece a la rama indo-irania del indoeuropeo) ya estaban en el noroeste de la India: sus textos más antiguos, los *Vedas*, sugieren que en este momento estaban en el Panjab, y habían entrado en conflicto con los primitivos habitantes de la India.

En Europa no tenemos textos muy antiguos de grupos de lengua indoeuropea, a excepción de los griegos. Desde el desciframiento por parte de Ventris del lineal B minoico sabemos que en Creta y en Grecia continental se usaba una forma de griego micénico hacia el 1400 aC. Los textos de lenguas itálicas son posteriores, ya que datan del siglo VI aC en adelante, pero quizá podamos equiparar a de habla itálica con una cultura arqueológica que surgió en el norte de Italia alrededor del 1500 aC, y que se propagó hacia el sur. Sin embargo, debemos tener cuidado al equiparar culturas arqueológicas con grupos étnicos o con hablantes de una determinada lengua. Los pueblos de habla celta también aparecen por primera vez en la región de los Alpes, con inscripciones desde el siglo V aC en adelante. Los pueblos germánicos fueron mencionados por primera vez por los autores griegos y romanos en el siglo I aC; en aquella época habitaban sobre todo al este del Rin, en lo que ahora son Alemania y los Países Bajos, y también en Escandinavia. Los registros más antiguos de las lenguas germánicas que tenemos se presentan en forma de inscripciones en alfabeto rúnico, principalmente del siglo IV dC en adelante, pero con un puñado de ejemplos anteriores, que se remontan quizás hasta el siglo I dC. También tenemos nombres propios y topónimos germánicos registrados en textos latinos y en inscripciones de la época imperial romana. Al mismo tiempo, había pueblos de habla eslava viviendo al norte de los Cárpatos, sobre todo entre el Vístula y el Dniéper; parece que habitaron allí durante muchos años antes de que comenzaran a expandirse en los primeros años de la era cristiana, pero no tenemos suficientes registros escritos de las lenguas eslavas antes de bien entrada la Edad Media.

Las lenguas indoeuropeas de las que tenemos los primeros textos escritos se habían separado ya notablemente las unas de las otras. Parece probable, por lo tanto, que la divergencia de estas lenguas debió de haber comenzado hacia el 3000 aC, como muy tarde, y bien podría haber comenzado mucho antes. Pero ¿de dónde comenzó? Para decidir esta cuestión una de las fuentes de prueba es el léxico de las propias lenguas.

El vocabulario proto-indoeuropeo

Las palabras que aparecen en un gran número de lenguas indoeuropeas y que no se puede demostrar que sean préstamos, eran probablemente parte del vocabulario protoindoeuropeo original. Y si existieron las palabras, también tuvo que existir lo indicado por las palabras, y debió de haber sido familiar a las personas que hablaban la lengua. De esta manera, podemos deducir con qué tipo de animales y de plantas estaban familiarizados los indoeuropeos (y a partir de ahí, en qué parte del mundo vivían), qué etapa de la cultura que había alcanzado, entre otras cosas.

El método, claro está, tiene sus riesgos. Por ejemplo, la ausencia de una palabra de la mayoría de las lenguas no prueba que los indoeuropeos no conocieran el objeto en cuestión: la pérdida de palabras es un hecho corriente en todas las lenguas, y cuando los pueblos se han dispersado extensamente y se han encontrado con condiciones muy diferentes, debemos suponer que muchos de ellos perderán gran cantidad de palabras. Por otro lado, la ausencia de un grupo entero de palabras, que abarque todo un campo de actividad, sí puede tener cierta relevancia.

Otro riesgo es engañarse por los préstamos. Cuando un grupo de personas aprende una nueva técnica o se familiariza con nuevos objetos, suelen adoptar los nombres correspondientes de la lengua de quienes aprenden la técnica o adquieren los objetos. De este modo, varias ramas de indoeuropeos pueden muy bien haber adoptado el vocabulario de por ejemplo la agricultura de un mismo pueblo, o de pueblos que hablen lenguas similares. Mientras, sin embargo, es probable que los celtas y los germanos podrían haber adoptado las mismas palabras de sus vecinos, no es muy probable que también adoptaran las mismas palabras que los indios o los iraníes. Podemos protegernos contra el riesgo de los préstamos, dando más peso a las palabras que se encuentran

tanto en las lenguas europeas como en las asiáticas, y en lo que sigue sólo vamos a considerar esas palabras.

El vocabulario común así obtenido da cierto apoyo a la idea tradicional de que los indoeuropeos, antes de su dispersión, eran un pueblo de pastores nómadas o seminómadas. Tenían ganado vacuno y ovino, ya que hay palabras comunes para ambos: por ejemplo, el inglés *ox* (buey) se corresponde con el galés *ych*, el sánscrito *uskan* y el tocario *okso*, y la palabra inglesa *ewe* (oveja) está relacionada con el latín *ovis* y con el sánscrito *avi*. El ganado era, obviamente, algo muy apreciado: la palabra de inglés antiguo *feoh*, que corresponde al sánscrito *pacu* y al latín *pecu*, significaba tanto «ganado» como «riqueza»; la palabra latina que significaba «dinero, riqueza» era *pecunia*, y el ganado figura en un lugar destacado en los primeros textos escritos de los pueblos indoeuropeos. También tenían otros animales domésticos, entre ellos el perro, y, posiblemente, el cerdo y el ganso (pero no es seguro que estos hubieran sido domesticados por los hablantes de indoeuropeo: podían, por ejemplo, haber conocido a los gansos sólo como aves de caza), pero no hay palabra común para el asno, ni para el camello; el nombre de este animal se remonta, a través de latín y griego, de un préstamo de una lengua semítica. Los indoeuropeos desde luego tenían caballos, para los que ha sobrevivido un rico vocabulario, y también tenían vehículos de algún tipo, porque tenemos palabras para la rueda, el eje y el yugo. Conocían el queso y la mantequilla, pero no ha sobrevivido una palabra común para la leche, lo que demuestra lo caprichoso de la evidencia. No ha sobrevivido mucho vocabulario común de la agricultura: dicho vocabulario se encuentra en las lenguas de la rama europea, pero este puede ser obviamente posterior a la dispersión. Hay, sin embargo, palabras comunes para el grano, y el griego y el sánscrito tienen palabras relacionadas para el arado y el surco, por lo que existe cierta base para la idea de Renfrew de que los proto-indoeuropeos era agricultores. No existe, sin embargo, una palabra común para la cerveza (que es un producto agrícola). Por otro lado, tampoco hay vocabulario común para la caza o la pesca.

Hay una serie de palabras comunes para herramientas y armas, entre ellas las flechas, y hay indicios que sugieren que en cierto momento las herramientas y las armas estaban hechas de piedra: el verbo latino *secare* «cortar» está relacionado con *saxum* «piedra, roca», y esta última palabra es idéntica al inglés antiguo *seax*, que significaba «cuchillo». En esa época, parece que una piedra podía ser un instrumento cortante. Sin embargo, los hablantes de proto-

indoeuropeo conocían los metales, ya que hay dos palabras comunes para el cobre y el bronce, una que sobrevive en el inglés *ore* (latín *aes*, sánscrito *ayas*) y se puede reconstruir plausiblemente una palabra proto-indoeuropea para la plata. Por el contrario, no hay terminología común para las técnicas metalúrgicas. El vocabulario muestra familiaridad con la alfarería y también con el tejido. Hay también palabras para casa, puerta y techo, lo que podría sugerir una vivienda más sólida que una tienda de campaña, pero no hay palabra común para ventana.

Conocían la lluvia y la nieve, pero su verano parece haber sido cálido, lo que sugiere un clima continental. Entre los animales salvajes que conocían están los lobos, los osos, las nutrias, los ratones, las liebres y los castores, pero aparentemente no los leones, los tigres, los elefantes o los camellos, por lo que probablemente vivían en una zona fría templada. Ha habido cierta discusión acerca de las palabras indoeuropeas comunes para el haya, la anguila y el salmón. El haya no crece en Europa nororiental ni al este del Caspio, por lo que se ha argumentado que el hogar ancestral de los indoeuropeos debe haber estado más al oeste. La anguila y el salmón no se encuentran en los ríos que desembocan en el Mar Negro, por lo que se ha propuesto que también hay que descartar esta región. Este argumento, sin embargo, tiene dos puntos flacos. El primero es que ha cambiado el clima: en torno al 4000 aC el clima de Rusia meridional era más húmedo y más cálido de lo que es hoy, y había muchos más árboles, especialmente en las riberas de los arroyos y ríos; entre estos árboles casi seguro que había hayas. El segundo punto débil es que no podemos estar absolutamente seguros de que estas palabras se referían en su origen a la especie en cuestión. Por ejemplo, es posible que la palabra «salmón» (alemán *lachs*, sueco *laxa*, ruso *losósi*, tocario *laks*) no se refiriera originariamente al verdadero salmón, sino a una especie de *salmo* que se da al norte del Mar Negro.

Parece que los ríos y arroyos eran corrientes, pero no hay una palabra para el mar o el océano, por lo que al parecer eran gente de tierra adentro. Hay una palabra para embarcación, en latín *navis* y en sánscrito *naus*, pero en su origen podía haber sido la denominación de una barca utilizada para cruzar los ríos, o para pescar en ellos.

Hay un gran vocabulario indoeuropeo común para las relaciones familiares, y parece que la familia desempeñaba un papel importante en su organización social. Las pruebas lingüísticas sugieren que esta familia iba por la línea

masculina, y que cuando una mujer se casaba, se iba a vivir con la familia de su marido. Por ejemplo, hay una palabra indoeuropea generalizada para la nuera (que vemos en latín *nurus*, griego *nuos*, sánscrito *snusa*), pero no existe una palabra tan extendida para el yerno, y hay palabras comunes para el hermano del marido, la hermana del marido y las esposas de los hermanos del marido, pero no hay palabras comunes para los parientes de la esposa.

Esta idea de la familia indoeuropea se ve reafirmada por los nombres indoeuropeos de dioses. Hay unos pocos que son comunes a las lenguas europeas y a las asiáticas, y parecen haber sido originariamente personificaciones de fuerzas naturales; sin embargo, no incluyen una gran diosa madre o una diosa de la tierra. Destaca entre ellos un dios del cielo: los nombres del griego Zeus, el sánscrito Dyaus y el inglés antiguo Tiw (cuyo nombre sobrevive en la palabra inglesa *Tuesday*, «martes») parecen ser todos reflejos de una única palabra proto-indoeuropea. Zeus y Dyaus, al menos, pueden interpretarse plausiblemente como dioses del cielo. En tiempos históricos, hallamos a veces sociedades con lenguas indoeuropeas que tienen una gran diosa madre, por ejemplo, la Creta minoica. Los nombres de dichas deidades, sin embargo, no parecen ser de origen indoeuropeo, y es de presumir que su culto fue tomado de un pueblo de habla no indoeuropea. Sin embargo, parecen haber existido diosas madre con nombres indoeuropeos en algunas comunidades de habla indoeuropea (por ejemplo, entre los celtas y los germanos), aunque estas diosas no parecen haber sido grandes diosas madre.

El hogar ancestral de los indoeuropeos

De todo lo anterior surge bastante información sobre la cultura de los antiguos proto-indoeuropeos, pero no suficiente como para precisar un determinado lugar de procedencia. Se han formulado varias hipótesis para diferentes zonas como hogar de origen de los indoeuropeos: Escandinavia y las partes adyacentes del norte de Alemania, el valle del Danubio, en especial la llanura húngara, Anatolia (hoy en Turquía) y las estepas del sur de Ucrania, al norte del Mar Negro.

Hubo un tiempo en que la teoría escandinava encontró bastante apoyo, sobre todo en Alemania, y se asociaba a menudo con la creencia de que los pueblos germánicos eran los primitivos indoeuropeos. Pero la teoría tiene serias debilidades. Escandinavia no se corresponde muy bien con las pruebas de la

filología comparada: es una región marítima (mientras que no hay una palabra común indoeuropea para el mar o el océano), y no es un terreno muy apto para los vehículos tirados por caballos, que son propios más bien de las estepas. Tampoco hay una palabra indoeuropea para el ámbar, que era uno de los productos más solicitados de la región del Báltico. Esta teoría no puede considerarse admisible ni remotamente, pero arroja una interesante luz sobre la permanente vinculación de los filólogos de finales del siglo XIX y de principios del XX con la política del pangermanismo, cuyos peores excesos hallaron expresión en la ideología nacionalsocialista.

En la década de 1920, el arqueólogo V. Gordon Childe propuso la localización de la patria indoeuropea en las estepas de Ucrania, al norte del Mar Negro. Sostenía que había que identificar a los hablantes de proto-indoeuropeo con una cierta cultura de la «cerámica cordada» o del «hacha de guerra» de esa región. Más recientemente, esta línea argumental fue desarrollada por otra arqueóloga, Marija Gimbutas. Esta agrupa una serie de culturas (incluyendo la de la «cerámica cordada» de Childe) bajo el título de «cultura de los kurganes», y argumenta que los que desarrollaron estas culturas fueron los proto-indoeuropeos. La evidencia material de estas culturas se corresponde bien con la evidencia lingüística comparativa que hemos expuesto antes, y también con lo que sabemos históricamente sobre los primeros pueblos de lengua indoeuropea. Gimbutas ubica a los primitivos indoeuropeos bastante más hacia el este de lo que había hecho Childe, al norte de la cordillera del Cáucaso y en el bajo Volga (al norte del Mar Caspio). Ella fecha los asentamientos de la cultura de los kurganes en esta región a principios del quinto milenio aC, afirmando que, entre el 4000 aC y el 3500 aC, la cultura de los kurganes se extendió por el oeste hasta la llanura del Danubio, y en los siguientes quinientos años se la va encontrando en el Balcanes, en Anatolia, en gran parte de Europa oriental y en el norte de Irán. Entre el 3000 aC y el 2300 aC, continuas oleadas o incursiones de esta cultura afectaron al norte de Europa, a la zona del mar Egeo, al Mediterráneo oriental, y posiblemente a Palestina y Egipto. Los «Pueblos del Mar» que saquearon y se establecieron en las costas y las islas del Mediterráneo oriental eran posiblemente de cultura kurgán.

Renfrew, sin embargo, ha cuestionado la hipótesis de Gimbutas, con el argumento de que la expansión indoeuropea se inició en Anatolia, alrededor del 7000 aC, y consistió en la propagación lenta de la agricultura en las tierras mucho menos pobladas ocupadas por cazadores-recolectores. Señala además, que la difusión de una cultura material no supone necesariamente un

movimiento de población. En 2003 los psicólogos Russell Gray y Quentin Atkinson publicaron, en la carta a *Nature*, un análisis glotocronológico de las lenguas indoeuropeas, que, según ellos apoya la teoría de Anatolia: sin embargo, a pesar de sus intentos de responder a algunas de las objeciones a la glotocronología, pocos lingüistas aceptan sus resultados. Los lingüistas rusos Gamkrelidze e Ivanov pusieron gran énfasis en la evidencia de préstamos semíticos en el indoeuropeo, y ubican la patria original indoeuropea en Anatolia oriental, al sur del Cáucaso y al oeste del Mar Caspio. La sitúan entre el quinto y el cuarto milenio aC, y la identifican con las culturas arqueológicas de esta zona. Su modelo implica migraciones iniciales desde esta zona al Mediterráneo oriental y a la zona al norte del Mar Negro. Este último territorio fue, en su opinión, una patria indoeuropea secundaria, en la que se desarrolló el ancestro común de la mayoría de las lenguas indoeuropeas de Europa. Esto representa un compromiso entre la hipótesis de los kurganes y la de Anatolia, con una patria primigenia en la región de Anatolia y una patria secundaria correspondiente a la zona de los kurganes.

Si Gimbutas está en lo cierto, las gentes que hablaban el proto-indoeuropeo formaban un pueblo de pastores seminómadas en una etapa de cultura calcolítica (es decir, utilizaban herramientas de piedra y algunas herramientas metálicas derivadas del cobre), que vivían en las estepas del sur de Rusia en el quinto milenio aC, en donde constituían un grupo de comunidades vinculadas laxamente, que tenían dioses comunes y una organización social similar. Después de 4000 aC, cuando la lengua ya se había diferenciado en varios dialectos, comenzaron a extenderse en varias direcciones: los diferentes grupos acabaron en Irán, en la India, en el Mediterráneo y en el interior de Europa. No debemos, sin embargo, descartar la idea de que las lenguas indoeuropeas puedan haberse diseminado por transmisión cultural más que por migración, y puede ser que tanto la hipótesis de Anatolia como la hipótesis de los kurganes den cuenta de algunos aspectos de lo que debe de haber sido un proceso largo y complejo de desarrollo lingüístico.